

Capítulo LIV.

Un hombre generoso.

Bartolomé Fiesco era, como hemos dicho antes, verdaderamente adicto á Cristóbal Colón.

Nadie como él podía corresponder á los vivos deseos del almirante.

Fiesco podría tener entonces unos veintiocho años.

Dotado de una verdadera imaginación italiana, con un corazón ávido siempre de emociones, la primera gran impresión que recibió en el mundo fué la ovación que los genoveses tributaron á su hermano cuando llegó á su patria la noticia de que Cristóbal Colón, el humilde hijo del pueblo, había descubierto un nuevo mundo y enriquecido con él la ya poderosa corona de España.

El triunfo del gran hombre le impresionó fuertemente, y aquel día se dijo, imitando á Rafaél:

—¡También yo soy marino!

Luchando con su familia, que no quería de ningún modo que se entregase á los azares de la navegación, desapareció un día de Génova, sin recurso y disfrazado, para que no pudieran reconocerle; pidió al capitán de un buque portugués que le llevase á bordo, aunque fuese para desempeñar los trabajos más penosos, y su resolución, más que sus proposiciones, incitaron al marino lusitano á darle entrada en su buque.

Bartolomé podría tener á la sazón unos diez y ocho años.

Desde entonces, hasta que se embarcó con Colón en calidad de capitán de una de las carabelas, la historia de sus desventuras bastaría á darnos asunto para otra obra.

Ello es lo cierto que entre todos sus servidores no tenía Colón uno que pudiera comprenderle mejor y estimarle más que Bartolomé Fiesco.

—Amigo mío,—le dijo,—sois joven, valiente; un bello porvenir se abre en el horizonte de vuestra vida, y por lo mismo el sacrificio que voy á proponeros os parecerá inmenso; pero no nos queda otro recurso, y cuento desde luego con vuestra cooperación.

—Haceis bien en contar con ella: tratándose de serviros, no hay sacrificio que no me parezca honroso arrostrar.

—Sabeis cuán angustiada es nuestra situación. Estamos á merced de unos hombres naturales enemigos de nuestra raza... El miedo que nos tienen ha contenido hasta ahora sus feroces instintos; pero

cuando se aperciban de que al unir nuestras carabelas y estacionarnos aquí hemos obedecido á una desastrosa necesidad; cuando observen que nuestras fuerzas son ficticias, vengarán en nosotros las calamidades que hemos arrojado sobre sus desgraciados hermanos. Nuestra situacion es, pues, angustiosa, difícil... es necesario que un acto de desesperacion nos salve...

—Lo comprendo, señor,—contestó Fiesco,—y estoy resuelto á secundar vuestros planes.

—Vos habias oido el relato de Mendez, ¿no es cierto

—No he perdido una sola palabra.

—Pues bien: parte de lo que ha dicho no es verdad. Ovando le ha recibido bien en la apariencia; pero para tenderle un lazo, del cuál sólo con el auxilio de la Providencia pudo librarse.

—¿Es posible?

—Dispuso que uno de sus pajes le asesinara, sin duda para evitar que fuera á España, que comunicase á los reyes nuestro grandioso descubrimiento, que les pidiese auxilio.

—Semejante infamia..

—¡Tenia por objeto un terrible plan! Mi corazon no me engaña nunca, y él me dice que su proyecto no es otro que el dejarnos aquí morir de hambre y de desesperacion para venir á enterrar nuestros despojos en el abismo y recoger la pingüe herencia de honra y provecho que podemos dejarle.

—Eso no lo debemos consentir.

—No, y por lo mismo he pensado enviaros á San-

to Domingo, confiándoos allí una mision delicada, una mision indigna de vuestro carácter; pero necesaria para nuestra salvacion. Hay medios que, aunque parezcan reprobados, Dios los perdona, porque conoce la intencion que los adopta.

—Decidme cuál es vuestro proyecto, y contad conmigo para todo.

—He dispuesto que vos y Diego Mendez salgais al mismo tiempo en dos canoas, tripuladas cada una por diez indios, con direccion á Santo Domingo. Si como es de esperar llegais los dos, Mendez os dejará para buscar el medio de encaminarse á España, y vos os presentareis á Ovando.

—¿Con carta vuestra?

—Sí, llevareis una carta mia; pero desde el primer momento le hareis creer que más que por obedecerme habeis emprendido el viaje para satisfacer la ansiedad de vuestros compañeros.

—No comprendo.

—Es necesario que simuleis una traicion.

—¡Yo!

—Os repugna, lo sé; pero sólo á ese precio podemos alcanzar la salvacion. Si os mostrais adicto á mi persona, si defendeis mi causa, armará el brazo de un hombre para que os asesine; pero podeis decirle: «Mis compañeros yacen enfermos, mueren sin confesion, están desesperados, y os considerarán como un salvador si acudis en su auxilio: el almirante está muy enfermo, su estado es una agonía lenta; tal vez cuando llegemos sólo hallaremos su cadáver, y entonces po-

deis aparecer á los ojos del mundo como el descubridor y conquistador de la isla en que más oro se cria. En una carabela envais á Santo Domingo á los enfermos, y los sanos os acompañaremos á tomar posesion de ese rico pais.» Si esto le decís, la codicia hará lo que no haria la caridad en él, aprestará tres buques, vendrá, y poco me importa que se apropie mi gloria. Si los que hoy me odian por que los tengo aquí llegan á un puerto, si mi hermano y mi hijo sobreviven, todo lo daré por bien empleado. ¡Yo creo en la justicia divina, y esto me basta!

—¡Cuán bueno sois!...—exclamó Fiesco conmovido, arrodillándose y besando con efusion la arrugada mano del marino.—Disponed de mí,—añadió.—Tambien confío en la Providencia.

—En ese caso, ¿estais dispuesto á partir?—exclamó Colon.

—Ahora mismo.

—Conviene que antes os mostreis á la gente más decidido á abogar por su causa que por la mia. Hablad con los descontentos, manifestadles vuestras intenciones, y no dudo que tendrán más paciencia para esperar.

Fiesco obedeció al pié de la letra las indicaciones de Colon, porque comprendió, en efecto, que sólo aquella táctica podria resolver de una manera favorable el problema de su terrible situacion.

Conociendo que los principales agentes de la insurreccion que se formaba en torno de Colon eran los hermanos Martin y Diego Porras, de los que muy en

breve daremos algunas noticias á nuestros lectores, habló con ellos, les manifestó su intencion de jugar el todo por el todo, y les dijo que si era necesario iba resuelto á manifestar á Ovando que todos ellos se pondrian á sus órdenes y faltarian á la obediencia que debian á Colon.

Este pensamiento respondia al que abrigaban aquellos infames, y fué aceptado por ellos con entusiasmo.

La irritacion de los rebeldes se calmó.

Durante el dia Mendez y Fiesco hicieron los preparativos para ponerse en marcha á la mañana siguiente.

Cada cual eligió diez indios entre aquellos que más confianza le inspiraban por su carácter y por su fuerza muscular.

Se trataba de un trabajo rudo; debian renovarse en los remos de media en media hora, y ayudar á sus jefes en las maniobras del timon.

Una vez elegidos los indios, se les dieron sus correspondientes raciones de pan de cazabe.

Cada uno fué provisto de una gran calabaza con agua.

Por lo que pudiera suceder, se les mandó que llevaran arcos y flechas, y Mendez y Fiesco se proveyeron de armas y municiones.

Temeroso Mendez de que los caribes, cuya credulidad habia burlado, deseando vengarse saliesen al encuentro de las canoas, indicó á Colon que mandara un fuerte destacamento por la playa, á fin de obligar á los isleños á que se refugiasen en el centro de la isla.

Bartolomé se ofreció á mandar el destacamento, proponiéndose de paso someter á aquellos indios y obligarles á que les llevarsen provisiones; y aquella misma tarde salieron estas tropas, animadas por los hermanos Martín y Diego Porras, á quienes convenia, por lo que saben nuestros lectores, que Fiesco llegase sano y salvo á Santo Domingo.

Al despertar el alba se embarcaron Mendez y Fiesco.

Además del pan de cazabe, llevaban para su uso carne de utia y algunas otras provisiones.

Colon, apoyado en el brazo de su hijo, se asomó á la baranda de su camarote para despedir á los dos viajeros, que iban á confiar su única esperanza al proceloso mar.

Mientras su corazon murmuraba una plegaria, sus ojos se llenaron de lágrimas.

Al perder de vista las conoas pareció quedar más tranquilo.

La oracion es el más dulce de los consuelos que puede hallar el alma en sus tribulaciones.

Aquel dia lo pasó el almirante en los brazos de la esperanza.

Hasta sus enemigos, hasta aquellos hombres que vivian á su lado, y que sólo deseaban su ruina, halagados por la creencia de que la traicion de Fiesco romperia las duras cadenas en que el infortunio les tenia sujetos, se mostraron con él más amables que de costumbre.

Aquella noche durmió el gran marino con la se-

renidad del justo: habia olvidado por un momento que bajo su reposada cabeza ardia un volcan.

Pronto veremos los elementos que se conjuraron contra él.

Entre tanto, el adelantado con sus tropas prestaba grandes servicios á los dos navegantes.

Los caribes habian jurado vengar la muerte de sus compañeros, y en la parte de la isla en que habitaban, separados por montanas de los pacíficos indios de la Jamáica, tenian preparadas sus canoas para correr en busca del primer blanco á quien descubrieran en el mar.

La llegada del adelantado con sus tropas les hizo abandonar la playa, pero con ánimo de resistir su empuje.

A los primeros disparos de los arcabuces retrocedieron espantados.

Alejándolos á las montañas, pudieron apoderarse de sus víveres y acamparon en la playa.

Mendez y Fiesco llegaron al anochecer, y como el mar estaba alborotado, y todo hacia presagiar próximas y horrosas tormentas, decidieron aguardar, protegidos por las tropas del adelantado, á que se despejase el cielo y se serenasen las olas.

Tres dias tuvieron que permanecer en tierra.

Al fin se calmó el temporal, el mar parecia una balsa de aceite, y los dos marinos volvieron con los indios á las canoas.

Hasta entonces habian navegado por la costa: desde aquel punto tenian que salir á alta mar, porque en

frente se hallaba el puerto de Santo Domingo.

Bartolomé Colón no abandonó su puesto hasta que los perdió de vista.

No regresó, sin embargo, adonde estaba su hermano, porque se detuvo en varios lugares indios con el objeto de entablar amistosas relaciones con sus habitantes, á fin de llevar víveres á sus compañeros.

Capítulo LV.

Presentimientos

Las desgracias de la vida dejan de serlo cuando el hombre comprende que son grandes y heróicas pruebas á que quiere someterle la voluntad de Dios.

De otro modo no podrían explicarse esos dolores acerbos y esas terribles calamidades que afligen á las grandes almas.

Y el alma de Colón, que tanto se levantó para concebir, que tanto se sublimó para perseverar, no podía dejar de ser fuerte para arrastrar con ánimo sereno las grandes contrariedades que habian de ofrecerse á su gloriosa empresa.

Además, esa confianza que inspira siempre la conciencia tranquila, alentaba vigorosamente el espíritu generoso del renombrado genovés.